

NOE CASADO SEGUIRÉ SIN TI



Seguiré sin ti

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Kela Coto
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21546-2
Depósito legal: B. 17.875-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Genoveva

Cuando a una le preguntan en el colegio qué quiere ser de mayor, dice muchas cosas, pero nunca estarán en la *maravillosa e ingenua* lista: cajera de supermercado, barrendera o conserje. Todo el mundo elige profesiones elegantes, bien remuneradas y con reconocimiento social. También hay quienes no quieren dar un palo al agua y ponen «tertuliano televisivo». Pues bien, yo nunca respondí enfermera, diseñadora de moda, veterinaria... yo dejé la casilla en blanco en el absurdo test de orientación profesional, porque en el instituto aún no había decidido qué carrera universitaria cursar. Todo dependía de las calificaciones. Al final terminé con una licenciatura en bioquímica alimentaria y un novio dispuesto a casarse conmigo en cuanto ambos lográramos un buen puesto de trabajo.

Sólo conseguí una de las dos cosas.

Sigo soltera.

Y en estos momentos estoy en un taxi camino del restaurante donde he quedado con el que podría llamar novio, no porque me guste, sino porque no hay una definición mejor.

También podría denominarlo error, pues conocí a Diego hace siete meses, en una de esas fiestas que organiza mi empresa para lanzar algún producto nuevo o por el simple hecho de aparecer en los medios.

Yo no tenía intención de ir en serio con nadie, pues hacía tiem-

po que mi vida sentimental discurría de otra forma. Desde hacía ya cuatro años establecía contactos con hombres a través de una web muy exclusiva. Para personas que, como yo, no tenían ganas ni tiempo para entablar relaciones, sólo momentos íntimos. Sexo. Nada más. Discreción absoluta, hoteles elegantes, alguna cena y adiós. Sólo había que inscribirse, pagar una cuota anual y después buscar entre las fichas de los socios hasta elegir alguno que te llamase la atención. O esperar a que alguien se pusiera en contacto contigo. Rápido, sin complicaciones.

Al principio me resultó difícil, me moría de vergüenza, eso de quedar en un hotel con un desconocido y acostarse con él no era muy convencional. Sin embargo, poco a poco me fui acostumbrando. Por mi trabajo me era imposible mantener una relación monógama, por no mencionar que tampoco deseaba preocuparme, así que la web de contactos fue la solución perfecta.

Puede que visto desde fuera parezca algo impersonal, frío, desapasionado. Pero no, más bien todo lo contrario. Admito que a algunos nunca los volvería a llamar, y viceversa, no siempre se logra conectar; no obstante, he conocido a muchos hombres interesantes y quizá, al no tener la presión de una cita convencional, eso me ha permitido vivir momentos intensos y agradables y, por supuesto, hacer hasta amigos. Sí, amigos, por extraño que parezca.

Aunque quede grosero decirlo, a la hora de elegir es como ir a un restaurante de cinco tenedores. Y no me refiero sólo al aspecto físico, sino al de los gustos. Se da por hecho que todos los inscritos en la web, además de alto poder adquisitivo, son educados (hasta que se les pide que dejen de serlo) y, por supuesto, discretos.

Al principio quedaba con tipos de gustos muy conservadores, sexo convencional, algo seguro. Todo funcionaba más o menos bien y me dio por pensar si, ya puesta, me atrevería a dar un paso más. Podía hacerlo, nadie me juzgaría, y me lancé. Probé a quedar con hombres que solicitaban sin ambages un poco más de dureza. Fui progresiva, no me tiré de cabeza a la piscina sin comprobar antes la profundidad y para mi más absoluta perplejidad, me di

cuenta de que sí, que en efecto, disfrutaba con la agresividad, pero no como sumisa, sino con hombres a los que les gustaba serlo y con los que pude sacar mi lado más dominante.

En mi trabajo tengo que enfrentarme a subordinados que por el simple hecho de ser mujer me cuestionan el doble y a los que les dejo muy claro que no voy a permitir ni una réplica ni un conato de rebeldía y del mismo modo me comporto con los hombres con los que accedo a quedar.

Y con ellos he disfrutado como nunca.

Lástima que desde hace más de medio año he aparcado esos encuentros por Diego. ¿Por qué? Pues ni yo misma me lo explico.

Puede que me hayan bajado de defensas. O que, tras pasarme dos años fuera de casa por cuestiones laborables, estuviese de nuevo en Madrid. El caso es que Diego estaba invitado al evento de mi empresa, pues trabajaba como asesor de un partido político. Un buen sueldo por no hacer nada, como él mismo me confesó entre risas una noche. Físicamente no estaba nada mal y no parecía importarle que yo fuera cinco años mayor. Él está a punto de cumplir los cuarenta, está divorciado y tiene dos niños, con lo que el tema de la paternidad lo tiene superado.

La noche de la fiesta congeniamos y al fin de semana siguiente nos acostamos. Fue interesante, dejémoslo ahí.

Yo tenía que irme a Hong Kong, pues allí me habían trasladado, pero a él le pareció bien vernos una vez al mes, cuando nuestras ocupaciones nos lo permitieran. Y, bueno, lo dejé estar, porque tampoco me agobiaba.

Siete meses después he vuelto a casa sólo durante treinta días, pues, tras trabajar duro los últimos años, he logrado por fin un puesto en la sede central de Zúrich y me conceden esos días para hacer el traslado. Soy la primera mujer que logra formar parte del consejo de dirección. No ha sido un camino de rosas.

—Estás impresionante, como siempre —me saluda Diego cuando me bajo del taxi.

—Gracias —murmuro y me da un beso rápido en los labios.

Se dispone a pagar la carrera, algo innecesario, pues ya lo he hecho yo; sin embargo, a él le gustan esos detalles, y, como ya tiene la cartera en la mano, le da una buena propina al taxista.

Entramos en el restaurante y, al hacerlo, el personal lo saluda como a un cliente habitual, hecho que Diego me confirma en voz baja, pues su partido organiza comidas de trabajo con asiduidad en ese establecimiento.

Lo cierto es que el sitio es elegante y, a juzgar por la carta, la cocina es excelente, claro que los precios van en consonancia. A pesar de que pagar una cena no me supone ahora ningún problema, no puedo evitar pensar en mis comienzos, cuando el dinero escaseaba.

—¿Pedimos el menú degustación? —sugiere Diego sonriente. Asiento, pues tampoco tengo ganas de elegir.

En cuanto el camarero nos sirve el vino, se lanza a contarme sus progresos. Por lo visto va a dejar de ser un asesor más para ir en las listas de su partido, lo más curioso es que se presenta por una circunscripción con la que no tiene nada que ver, pero es una especie de premio por su dedicación al partido.

—¿Y los votantes no se preguntarán quién eres? —inquiero con lógica.

Diego se ríe.

—Joder, qué ilusa eres. La gente vota unas siglas. Nadie lee las listas ni el programa electoral —me aclara un tanto pedante.

«Así nos va», pienso, aunque no lo digo. He aprendido a no hablar de ciertos temas, como la política, y menos con un hombre que no oculta su verdadera motivación: medrar sin dar un palo al agua.

—Por eso quería hablarte de nosotros...

Esa frase no encierra nada bueno. Mantengo la calma.

—Nosotros —murmuro.

—En efecto, nosotros. Sé que te han dado un puesto importantísimo.

—No me lo han dado, me lo he ganado —lo corrijo, pues da la impresión de que me haya comprado un décimo de lotería y me haya tocado el gordo.

—Sí, lo sé —dice en un tono condescendiente que no me gusta nada—. Pero te seré sincero, Genoveva, me gustas mucho y creo que deberíamos dar un paso más en nuestra relación.

Un paso más significa peligro, es la primera palabra que se me viene a la cabeza.

—Un paso más... —repito, esperando que desarrolle la idea.

—Sí, eso he dicho. Vaya por delante que respeto mucho tu trabajo, tu dedicación; no obstante, eso de que estés fuera tanto tiempo... —niega con la cabeza—, no facilita las cosas, pues una vez que sea elegido, me gustaría que nuestra relación se formalizase.

—Das por descontado que así será —comento, sin entender cómo puede estar tan seguro.

—Es una circunscripción segura, no te preocupes. Seré elegido senador —afirma con rotundidad—. Una vez tome posesión, mis ingresos serán fijos, así que tú puedes dejar de trabajar.

Parpadeo. ¿He oído bien?

—¿Perdón?

—Bueno, si quieres estar ocupada, puedo buscarte un puesto cómodo, con un buen sueldo y sin complicaciones, por eso no te preocupes.

—¿Hablas en serio? —pregunto, tras beber un sorbo de vino, pues lo que estoy oyendo es como una pesadilla. Cree que lo de estar ocupada es para entretenerme. Idiota.

—Claro que sí, cariño —me confirma, estirando el brazo para darme un apretón en la mano y, no contento con ello, añade—: Por eso he pensado que lo mejor es casarnos.

Intento disimular; sin embargo, me da la impresión de que mi cara lo dice todo. A Diego se le ha borrado la sonrisa y yo no salgo de mi estupor.

—Casarnos —repito, recuperándome a duras penas de la impresión.

—Sí, es lo más acertado. Llevamos un tiempo saliendo, congeniamos. Eres una mujer culta, con buena presencia, bien relaciona-

da. Ya no quieres hijos, lo que nos quita de un plumazo unos cuantos problemas. Son todo ventajas.

Suelta esa retahíla de estupideces y se queda tan pancho.

Levantarme y echarle el carísimo vino sobre la inmaculada camisa azul es tentador, pero ya no soy una veinteañera impulsiva que monta escándalos. Sé muy bien cómo deshacerme de él sin armar jaleo.

—Parece que lo tienes todo previsto —le digo, alabándolo, porque es lo que le gusta y así se confía. Dejo a un lado la copa de vino y vuelvo al agua con gas.

Diego sonrío con aire satisfecho.

—Admito que es una decisión meditada. Ahora que voy a pasar a la primera línea de la política, comprenderás que he de ser cauto.

—No sé si sentirme ofendida o halagada —comento con sorna y Diego vuelve a apretarme la mano.

—Genoveva, tenemos un futuro juntos —aduce y adopta un tono seductor—. Disfrutemos de la cena y después...

Después me invento un terrible dolor de cabeza y, a pesar de que Diego me ruega y me intenta convencer, pues ha reservado un apartamento de lujo para pasar el fin de semana, no cedo. Si ya la idea de acostarme con él no me apetecía demasiado, tras escuchar su proposición es impensable aceptar.

Por más que insiste, sigo negándome, eso sí, con diplomacia, y le prometo pensar en lo de casarnos. Si hago esa promesa es para quitármelo de encima, pues tengo muy clara la respuesta. Ni loca voy a renunciar por un hombre a lo que tanto me ha costado.

Lo curioso es que no es la primera vez que me veo en una situación similar.

Por desgracia me ocurrió lo mismo antes de cumplir los treinta.

Nada más acabar la carrera, mi novio de entonces, Víctor, se presentó a la misma entrevista que yo para hacer las prácticas en Caprice Food International. Los dos superamos las pruebas y empezamos como becarios. Hasta ahí todo normal. Eran dos años.

Una excelente oportunidad para rellenar el currículum, aunque mucho mejor si pasado el tiempo de la beca lograbas quedarte. Nos esforzamos ambos, con la idea de poder seguir en la empresa; sin embargo, sólo yo lo logré.

Víctor consiguió otro empleo, aunque en el fondo sentía cierto resquemor, y, a pesar de que se callaba, yo intuía que me lo echaría en cara cuando discutiéramos.

Como ocurre siempre, estas cosas se cuecen a fuego lento. Muy lento.

Nuestra relación se volvió cómoda y, por tanto, anodina, carente de chispa y de emoción. Víctor cambió varias veces de trabajo, pues no lograba encajar del todo, mientras yo continuaba consolidando mi puesto en Caprice Food International. Eso suponía demasiadas horas fuera de casa y que ganara más dinero que él. Los dos ingredientes perfectos para que empezara a mostrarse receloso y a echarme en cara que sólo me preocupaba de mí misma.

Y como pasa siempre, llegó el ultimátum. Pero nada de hacerlo de forma directa, Víctor fue más sutil. Me pidió que me casara con él, algo a priori muy emocionante y romántico; no obstante, encerraba una trampa. Casarme significaba renunciar a mi puesto, pues estaban a punto de trasladarme a la sede de Roma.

Estuve a punto de ceder, de mandar mi carrera a la mierda por un hombre.

No lo hice.

Y nunca me he arrepentido de haber roto con Víctor.

Puede que sea difícil de entender. Trabajos hay muchos; hombres que te quieran, pocos.

Menuda mentira.

Si de verdad Víctor me hubiera querido, jamás me hubiera puesto en la disyuntiva de elegir. Para empezar, un hombre que dice quererte se alegra de tus éxitos, te apoya y no se comporta como un crío envidioso sólo porque a él no le salgan bien los proyectos.

Y Víctor nunca se mostró muy contento cuando yo prosperaba dentro de la empresa y a él lo echaban de un trabajo tras otro.

Visto en perspectiva, creo que hasta estoy en deuda con él, pues tras quedarme compuesta y sin novio me volqué en mi carrera profesional y, tras sortear unos cuantos baches (más de los habituales y todo por ser mujer), he logrado mi objetivo. Ahora por fin estaré en el consejo de dirección.

Años viajando, cambiando de casa cada pocos meses, horas extras, desplantes por no tener polla, miradas por encima del hombro de mis compañeros varones, rumores malintencionados. Un sin-fín de cosas. Sin embargo, una hoja de servicios impecable lo ha hecho posible.

Pero ahora no quiero pensar en el trabajo, para eso tengo un mes libre, para organizar mi traslado, buscarme una vivienda y dejar mi hasta ahora puesto en condiciones para que mi sustituto no tenga mayores problemas para seguir.

Todo eso ya está listo.

Ya dispongo de un precioso apartamento en un barrio residencial de Zúrich y he contratado a un matrimonio para que se ocupe de su mantenimiento. Ni que decir tiene que a mi secretario, Maurice, me lo llevo. Cuando le hice la propuesta aceptó sin dudar, pues él también estaba hasta las narices de Hong Kong.

He dejado toda la oficina organizada; quien me sustituya sólo deberá sentarse en el que ha sido mi despacho y, con tranquilidad, ponerse al día.

La mudanza tampoco ha supuesto mayor problema, pues hace ya días que todo está en mi nueva casa. Sólo faltan dos maletas que tengo conmigo y que llevaré en persona.

¿Cómo es eso posible?

Muy sencillo, porque semanas antes de que mi nombramiento se hiciera oficial, yo, pecando de arrogancia, empecé a planearlo todo. Ciertamente podía haberme quedado con cara de gilipollas si al final no ocurría nada; sin embargo, era tal mi confianza en mí misma que no dudé y di instrucciones precisas.

Así que ahora tengo un mes de vacaciones para descansar. O también puedo visitar a mi familia; no obstante, creo que me limitaré a hacerles una llamada a mis padres para decirles que todo está bien. Mi relación con ellos es distante, casi inexistente. Ambas partes somos culpables: yo empecé a viajar por trabajo y ellos a centrarse más en mi hermano y sus hijos. No pasa nada, no hay rencor, sólo indiferencia.

Con todo organizado y un novio al que rechazaré la semana que viene, me siento y cojo el móvil. Quiero revisar el correo electrónico, seguro que puedo adelantar trabajo y, total, hoy no tengo planes. Por muy hotel de lujo que sea donde me alojo, todas las habitaciones me parecen iguales y prefiero entretenerme con algo.

Reviso los correos corporativos: nada importante. Por si acaso, se los reenvío a Maurice, pues nunca se sabe si puede haber algo relevante.

Después abro mi cuenta de correo personal: publicidad, facturas y dos de la web de contactos. Sonrío, algunos no han debido de leer que de momento no estoy disponible, pero me puede la curiosidad y abro los mensajes.

El primero es de un tipo con el que tuve una cita hace un año y, la verdad, estuvo bien, aunque no me quedé con ganas de repetir. Por eso es mejor ser diplomática y mentir. Podría coger un avión y pasar tres días en Londres; sin embargo, le respondo que me es imposible. Los rechazos en esta web no se toman como tales. Todo el mundo está ocupado y siempre se reacciona con deportividad.

El segundo me hace parpadear y lo leo tres veces. Un tipo más de quince años menor que yo y de profesión músico.

—Vaya... —murmuro, estudiando la foto.

Me propone un encuentro dentro de tres días, aquí, en Madrid. Él se encarga de todo, incluso me invita a su próximo concierto. Si acepto tendré un pase vip.

Mi primera reacción es rechazarlo con educación. ¿Adónde voy

yo con un yogurín como éste? Le empiezo a escribir una respuesta simpática, aunque negativa.

Sólo quedo con hombres de mi edad, año arriba año abajo, nunca con chicos que no han cumplido los treinta.

No son prejuicios, es una costumbre.